
REFLEXIONES CON OCASIÓN DE LA MUERTE DE MARCEL LÉGAUT

Domingo Melero (1)

Evangelista,

1. Cuando te comuniqué por teléfono la muerte de Marcel y te pedí un recuerdo para él en vuestra misa conventual, me propusiste redactar una nota necrológica a modo de homenaje, y enseguida acepté. Llegado a la orilla de la desembocadura de su vida, pues así me veo ante su muerte, quisiera poder decir algo, un poco –salvadas las distancias– a la manera del centurión que Marcos y Lucas colocan al pie de la cruz y que no se sabe muy bien qué es lo que dijo (pues ambos le atribuyen frases distintas) pero que, en definitiva, expresó (si es que de verdad estuvo y habló) un reconocimiento que valió, en este caso –y quizá sólo en él–, más que un silencio.

Sin embargo, ahora que me pongo a ello, no sé cómo hacerlo. ¿Cómo podría, por ejemplo, resumir en breves párrafos una obra que se ha ido desgranando en diecisiete libros; o lo mismo la aventura e itinerario de su vida durante los noventa años que tenía; años cumplidos precisamente el veintisiete de abril último, fiesta de vuestra Virgen morena? Francamente, no sé cómo hacerlo.

(1) Este artículo se publicó en el nº 157 de *Questions de vida cristiana*, Montserrat, 1991, págs. 89-101. Luego, Pierrette Bourrat lo tradujo al francés y se difundió entre los amigos de Légaut. Después, Antonio Duato lo publicó en *Iglesia viva*, nº 153/154, págs. 415-425. Cinco años después, se publicó en el *Cuaderno de la diáspora* 3, AML, Valencia, 1995, págs. 75-96.

Ni tampoco sabría emplearme ahora en resumir (con idea de ceñirme a una dimensión más breve) los frutos de mi experiencia de lectura asidua, desde hace diecinueve años, cuando comencé a conocer sus textos de a partir de 1970 y luego me interesé por los anteriores y fui leyendo los siguientes. Un buen amigo de entonces me lo había recomendado porque supo adivinar la afinidad que había entre aquel autor y aquel lector que éramos Légaut y yo entonces. Así se pasan los libros decisivos, aquellos que “revelan”, es decir, que hacen patente no algo absolutamente nuevo sino aquello que ya vive latente en uno.

Tampoco creo que sea de interés ahora que cuente las anécdotas de mi relación particular con Légaut: cómo nos fuimos familiarizando (“domesticando”, diría St. Exupéry, como él me recordó un día) y cómo se fue tejiendo una relación personal y recíproca (distinta de la que se da entre autor y lector, que es más anónima aunque no por eso necesariamente menos real y estrecha). Esta relación se dio a pesar de nuestras múltiples diferencias (de nación, de lengua, de edad, de contexto cultural y social, por ejemplo); diferencias que, por una parte, resaltaron lo esencial, es decir, aquello que nos hacía reconocernos miembros de un tronco común, y que, por otra parte (en lo que a mí respecta al menos), favorecieron una autonomía conveniente.

Nuestra relación se concretó, con el tiempo, en un intercambio de ideas y de noticias que, en los últimos años, se enriqueció con el trabajo de sus traducciones al castellano y con los preparativos de sus venidas a Barcelona, donde nos reuníamos un grupo de unos quince para comentar sus textos.

Si, como decía el Dr. Bofill, “la missió dels vells és confortar, en els joves, l’esperança” (2), Légaut la cumplió con creces con nosotros a través de toda suerte de detalles de consejo, ejemplo, comentario y aliento. Pero, por eso mismo, esa “missió” de que hablaba Bofill se hizo mutua, pues también la misión de “els joves” fue la de confortarlo a él en los últimos años de su andadura, testimoniándole de múltiples formas cómo la semilla de sus perspectivas fructificaba en cada uno de nosotros.

En cierta manera acudíamos a los encuentros movidos no sólo por el interés de un trabajo y aprovechamiento personal sino también exigidos por una especie de deber que nacía, en expresión clásica, de un sentimiento de “piedad filial” (entiéndase bien lo de “piedad” y tómesese lo de “filial” en un sentido muy verdadero). El mismo sentimiento que nos llevó a unos cuantos a acudir a su funeral en Die y a acompañarle hasta el final, hasta Les Granges, donde fue enterrado, llevando un poquito de esta tierra española en la que también germina su testimonio.

2. Quizá debiera hablar de su muerte, de cómo le sobrevino de repente, pues no deja de ser significativo que le sorprendiese estando de viaje. Fue en Avignon, viniendo de Suiza, de reunirse unos días con un grupo. Fue tras dejar el tren y mientras esperaba un autobús que le llevaría a visitar a unos amigos. Eran del grupo que, unos sesenta años atrás, habían formado en torno a la lectura del evangelio, gracias al estímulo del abbé Portal, que tuvo el gran acierto de confiar en ellos y dejarlos solos tras decirles que el Evangelio no sólo era un texto para la

(2) AA.VV. (Edición de Joaquín Maristany), *Homenatge a Jaume Bofill*, Barcelona, La Seu Vella, 1986, p. 244.

piedad sino también para pensar. Admirable Monsieur Portal. ¡Qué poco frecuente es un sacerdote tan poco clerical que rehúye hasta de hacer de consiliario! Légaut luego lo reconoció no como su director de conciencia o su maestro sino como su padre en el orden espiritual, nada menos.

Pero temo el aire hagiográfico en que es fácil caer en estos comentarios. En estos casos, vale la mención, vale el recuerdo y la reflexión, pero de una cuestión como ésta de la muerte (más incluso que de ninguna otra) no se puede hacer ocasión de propaganda ni de nada, máxime en un mundo como el nuestro donde todos padecemos cierta tendencia a fijarnos sólo en lo potencialmente sensacional o espectacular.

Además, ¿no fue Légaut en extremo sensible a la cualidad de la discreción, del pudor incluso, que es inherente a la comunicación propiamente humana y por eso espiritual? Sus libros mayores, ¿no la invocan? Su testimonio en ellos, ¿no se presentaba de “forma impersonal”, en “términos abstractos”, desnudos de todo apoyo (citas de otros autores y referencias a cualquier tradición), y desprovistos de cualquier alusión a alguna anécdota o hecho personal o a cualquier ejemplo concreto; cosas, todas ellas (citas, referencias, anécdotas, ejemplos), que hubieran ayudado o facilitado su comprensión?

Tal sobriedad y discreción extrema pudo hacerlo más hermético o, en todo caso, más difícil; lo cual (unido a que era un simple laico, un hombre sin ningún mandato institucional ni ningún título académico que lo insertase en una cadena reconocida de la industria intelectual, civil o eclesiástica) contribuyó, sin duda, a que se le pudiese caracterizar de lo que es: un autor prácticamente desconocido, un “raro”, un “outsider” o, como él

decía a veces de sí mismo, “un sauvage”. ¿No hemos lamentado a veces los amigos la dificultad de introducir a Légaut en los acelerados circuitos comerciales del libro, siendo así que sus trabajos son una aportación en una terreno en que objetivamente hay carencia, pues –como tú mismo has dicho a veces– faltan maestros espirituales en Occidente, tanto dentro del cristianismo como fuera de él ⁽³⁾?

Y, sin embargo, esta incomodidad del autor inclasificable, ¿no es, en este caso al menos, indicio de su autenticidad, indicio de que hay otro ritmo de transmisión, irremediable, fatal, si tenemos en cuenta dos de sus “principios”, dos de sus afirmaciones de arranque preferidas, esto es, que “lo esencial no es objeto de enseñanza” y que la verdadera tradición no pasa de voz a oído (como tanta predicación ideológica, del signo que sea) sino de corazón a corazón, por la apertura que sólo se da en encuentros en profundidad? ¿No decía Légaut que lo espiritual se hace presente en el mundo como el polvillo en la habitación, discreta, difusa y tenazmente?

Fallecido Légaut en fecha cercana a la festividad escatológicamente democrática de Todos los Santos –el 6 de noviembre–, su muerte, singular pero anónima, en la calle, entre gente desconocida, parece que quiere hablarnos de la grandeza que se esconde en la muerte de cualquier hombre común, pues, en el orden espiritual –como él decía– no hay jerarquía ni rango entre los hombres porque no somos ni comparables ni numera-

⁽³⁾ No guardo el recorte pero recuerdo que leí que decías esto en una entrevista en *La Vanguardia* con ocasión de la publicación del primero de los tres volúmenes de tu *Història de la teologia cristiana*, Barcelona, 1984-1992. La entrevista fue anterior a nuestro primer encuentro con Légaut en Barcelona, en enero de 1985.

bles ni ordinables (“nadie es más que nadie”, como decía don Antonio Machado, tan atento a la sabiduría popular).

Precisamente por eso, a pesar de su salida de su vida anónima y de su cierto renombre final (pues a los setenta años comenzó a salir de su granja y a viajar dando conferencias donde le llamaban), siempre mantuvo la afirmación del privilegio de la vida oculta y común, como clandestina.

“Misterio del propio destino que se despliega más allá de las zonas que pueden ser juzgadas y valoradas! Misterio que no impide poder pensar que la vía que lleva a una vida oculta y enterrada, que es y será ignorada por todos, aunque lo sea de un modo definitivo, es, secretamente, la más fecunda para el futuro, que, a través de todas las potencialidades escondidas en el presente, acaba por desbordarlo...”⁽⁴⁾

Bien es verdad que persiste el hecho de su “rareza”. No es normal a esas edades pasarse la mitad del año viajando y no cesar de escribir; si bien es verdad que no le faltó salud para hacerlo aunque la fatiga, en un “trabajador incansable” como él, fue siendo cada vez más su asidua compañera. Légaut mismo, con su humor malicioso, tan característico y en su punto, bromeaba sobre su desenlace. Hace algunos años, bromeaba acerca de si iba a ser eterno; y, hace menos, sobre si lo encontrarían en su cuarto, apoyado sobre la mesa con su “bic” en la mano, o si su fin llegaría en el tren, y causaría problemas a la SNCF..

3. Un inciso. ¿Soy inoportuno si evoco ahora a santa Teresa, la “fémica inquieta y andariega”⁽⁵⁾? No lo creo. Recuerdo mi sor-

⁽⁴⁾ *Creer en la iglesia del futuro*, Santander, 1988, págs. 173-174.

⁽⁵⁾ “Fémica inquieta y andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventaba malas historias, andando fuera de la clausura..., enseñando como maestra, contra lo que san Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen”. Es cita del

presa, cuando entré en el oratorio de la casa en la que el grupo se reunía durante los veranos en Mirmande. La vista sólo podía fijarse en una cruz sin crucificado y en la imagen de dos mujeres: María Magdalena y santa Teresa. En la pared de la izquierda, en efecto, sólo había una cruz desnuda a media altura. En la del frente, al pie a la izquierda (y por eso vuelta en dirección a la cruz), sólo había una foto ampliada de una Magdalena sentada y meditativa (cuyo original, por lo visto, está en Solesmes), y, al otro lado, en la pared de la derecha, la de uno de los retratos de santa Teresa.

Luego me enteré de hasta qué punto (a través de los libros del abate Bremond) Légaut conocía y simpatizaba con las peripecias y el espíritu de esta mujer, así como con su idea de la urgencia de un renacimiento espiritual, interior, del cristianismo; y de cómo sabía apreciar también Légaut el influjo del Carmelo Reformado en los movimientos espirituales del siglo XVII francés.

informe de Filippo Sega, Nuncio papal en España (cfr. Francisco Rico: *Breve Biblioteca de autores españoles*, Barcelona, 1990, pág. 126). Santa Teresa fue nombrada Doctora de la Iglesia hasta 1970. En 1922, Pío IX todavía no la reconoció como tal alegando que “obstat sexus” (que “lo impide el sexo”). Hay un Pensamiento de Pascal sobre santa Teresa que es muy aleccionador: “Nuestra capacidad de comparar lo que ocurrió antiguamente en la iglesia y lo que se ve ahora se echa a perder porque, de ordinario, consideramos a san Atanasio, a santa Teresa y a los demás, como coronados de gloria y de años y como juzgados, antes que por nosotros, como dioses. Actualmente, una vez que el tiempo ha esclarecido las cosas, esto parece así, pero, en los tiempos en los que se le perseguía, este gran santo era un hombre que se llamaba Atanasio y santa Teresa, una loca. (...) San Atanasio era un hombre llamado Atanasio, acusado de varios crímenes, condenado en tal y tal concilio, por tal y tal crimen. Todos los obispos consienten en ello y, finalmente, también el Papa. ¿Qué se dice a los que se resisten? que perturban la paz, que fomentan el cisma, etc. // Cuatro clases de personas: celo sin ciencia, ciencia sin celo, ni celo ni ciencia, celo y ciencia. // Las tres primeras lo condenan, los últimos lo absuelven y la Iglesia los excomulga, y sin embargo, son ellos los que salvan a la Iglesia. // Celo, luz.” (*Pensées*, Lafuma 598).

Un mismo afán animaba a Légaut y a santa Teresa, aunque en contextos y universos mentales tan diferentes como lo eran sus formas de vida. Esta diferencia (la que va de una sociedad sacral –de fusión de Iglesia y Estado, de predominio clerical y de contrarreforma– a otra secular –de separación de Iglesia y Estado, de libertad religiosa y de predominio de un saber autónomo sobre el mundo–) está pidiendo, sin duda, una reforma todavía pendiente y tan profunda que, más que una reforma, será una mutación, y que el Vaticano II tan sólo inició, demasiado tímidamente.

Para Légaut, su punto de partida irrenunciable era la responsabilidad individual de cada hombre y, si éste era cristiano, también a título de tal, simplemente. Por ahí pasa toda acción en el mundo. Cuando Légaut quiso concretar su entrega en el sacerdocio (como era normal en un joven generoso y radical en un medio en que esa opción era la que se revestía con el prestigio de lo absoluto), el abbé Portal le descubrió que la misma entrega era necesaria como simple laico, que no era ésta una forma rebajada de seguimiento y que las bienaventuranzas eran más importantes que los votos. Le hizo ver, además, que es deshonesto el reclutamiento vocacional que usa el argumento de la falta de obreros para la mies, y que, por el contrario, en una iglesia autoritaria, cerrada y a la defensiva, faltaban laicos, pues sólo el laico tenía en potencia la autonomía suficiente como para vivir con honestidad intelectual los cambios culturales de su época y dar con los nuevos caminos de la misión y del discipulado.

Por eso Légaut, en sus análisis, en sus –podríamos decir– ejercicios de “sociología espiritual”, insistía: en que la “vida religiosa” (incluyendo las nuevas versiones de los institutos seculares) no es la vida espiritual cristiana, y en que el sacerdote no es la comu-

nidad, ni el obispo o los presbíteros, la iglesia. Ante la inflación de lo clerical y de lo religioso (que prácticamente monopolizan lo cristiano, el seguimiento y el discipulado), y por utilizar una frase del pasado, ¿no sigue siendo importante hacer valer la afirmación de Erasmo de que “monachus non est pietas”?

Por eso también insistía Légaut en señalar que, en las iniciativas eclesíásticas relativamente recientes de adaptación y de influencia en la sociedad (como los movimientos de acción católica, por ejemplo, que, en su origen, fueron impulsados por la jerarquía para seguir influyendo a través de ellos en lo político), se seguía perpetuando el mismo dirigismo clerical, casi incurable, y el mismo ser de segundo rango del laico, casi inevitable. A los seculares se les orientaba, en efecto, hacia el compromiso social y político a partir de una teología (o doctrina social general) y de una estrategia eclesíastica en cuya elaboración no habían intervenido. Esto, por otro lado, distraía a los seculares; los desviaba de la responsabilidad de asumir como asunto propio otros temas que les atañían pero que la clerecía se reservaba, como eran la doctrina moral o la reflexión sobre la doctrina dogmática. Lo cual, a la larga, lamentablemente, los dejaba desfondados e inermes, religiosa y reflexivamente, cuando, saliendo del corsé confesional, se dedicaban, de un modo ya autónomo, a la vida civil, y a lo político o a lo científico, por ejemplo.

Ante este dirigismo casi irrenunciable de unos y ante esta minoría de edad casi endémica de otros, no la “mies” sino la tarea era inmensa, a favor, sobre todo, de una mayoría de edad y de una fe adulta que incluyese la autonomía del pensamiento. Sin embargo, ya no se trataba de fundar, es decir, de separar, como en la época de santa Teresa, sino de descender y de ayudar a despertar. Légaut, abre una vía exigente pero imparabile para la

obra espiritual con sus análisis críticos y con su experiencia y testimonio acerca de cómo renueva, tanto al intelectual como al que por diferentes motivos destaca, el hecho de emprender un prolongado descenso –quizás de por vida– al anonimato de la vida común.

Por eso Légaut insistió también en algo que es esencial, que sin embargo no se piensa y que, por otra parte, es obvio: que “la vida espiritual, por naturaleza, no es necesariamente cristiana”. Todo hombre está llamado a ella cuando tiene que singularizarse en medio de la sociedad y sus leyes, en la profesión o el oficio, en el amor humano, la paternidad, las relaciones, los acontecimientos y el conocimiento, en suma, de lo real (6).

4. Pero –volviendo a la cuestión de la singularidad y del anonimato de la muerte de Légaut– también es verdad que, a pesar de la discreción de Légaut y de sus libros, la difusión de éstos se benefició, durante algunos años al menos, de la “rareza” de que su autor fuese un matemático y un universitario que había “colgado” la ciencia y los libros, su prestigio y sus ventajas, para vivir después, durante casi treinta años, una vida campesina, de pastor de alta montaña, pues tal puede ser la versión simplificada de un proceso mucho más complejo que, como decía al principio, es difícil resumir aquí (7).

El hecho es que Légaut se prestó, no sin sorpresa, distancia y humor, a estas condiciones publicitarias del mercado, justo en una época como la nuestra, inmersa en la mediocridad de la

(6) *Meditación de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, 1989, pág. 10.

(7) Cfr. el capítulo primero de *El trabajo de la fe* y los primeros capítulos del libro de Thérèse de Scott: *Marcel Légaut, L'oeuvre spirituelle*, París, 1984.

saturación informativa, secretamente a la defensiva y como impermeable a la aventura interior, escéptica respecto de la posibilidad de algo nuevo, aburrida y que, por tanto, parece que sólo reacciona ante lo exótico, lo extraordinario y lo “sensacional”.

Por eso, más allá de una primera agitación, ¿qué quedó al cabo de unos primeros años de conferencias relativamente concurridas? ¿No es la indiferencia, fruto infalible de la mediocridad (tal como él mismo indicó), la mayor amenaza y ocasión de sufrimiento para quien comprende la importancia que tiene para el mundo que los hombres despierten verdaderamente a la vida del espíritu? Por eso, por haber recapacitado bastante en la ambigüedad de lo humano, su crítica de la Institución no le impidió denunciar la mediocridad habitual de los creyentes.

“...las numerosas causas que subyacen a los conflictos actuales [del cristianismo] provienen, más o menos directamente, de la mediocridad de los medios cristianos, los cuales no tienen nada que envidiar, en este campo, a la sociedad reinante. Los contornos imprecisos de la insignificancia espiritual del grupo humano de los bautizados son difíciles de establecer en medio de las tinieblas grises del mundo. Máxime cuando la subhumanidad ambiente, flotante y mate, ayuda a disimular dicha insignificancia bajo las apariencias de una real rectitud de vida y una piedad sincera a veces.”⁽⁸⁾

Su sorpresa y su alegría fue comprobar, sin embargo, cómo gentes diversas le reconocían como alguien que había expresado lo que, sordamente, sin quizás atreverse a decírselo a sí mismas, ya ellas pensaban. De resultas de estos encuentros, Légaut no apeó un ápice la exigencia de su estilo y de su escritura (rara especie de narración abstracta de lo concreto), pero sí modificó definitivamente su propia forma de vida. En sus últimos veinte años,

⁽⁸⁾ *Creer en la iglesia del futuro*, pág. 14.

ya no volvió sino esporádicamente a Les Granges y reencontró, en cambio, la vida de antes, y también el ferrocarril, es decir, su vida itinerante, como cuando, entre los veinticinco y los cuarenta años, alternaba su trabajo de profesor y visitar y animar los grupos de enseñantes dispersos por el país. Ahora, por decirlo así, Légaut acompañaba a sus libros y visitaba a sus lectores, para facilitar el encuentro en profundidad entre ambos, libros y lectores. Por eso, no sin humor, decía que se había convertido en un “conferenciante mundano”.

5. Y en éstas le llegó su muerte. *“Montando su caballo blanco, / en éstas le llegó la muerte. / Llegó con su noche oscura / cuando el sol era más fuerte. // Sobre sus ojos velados / puso su blanca mano de nieve / para abrirlos a otra luz, / a otro sol resplandeciente.”*

En diversas ocasiones habló Légaut del momento de la muerte: ese acto último, esa salida, ese “exitus” de la vida que ningún instinto fundamental desea ni ningún deseo sano tiene por objeto, y que, sin embargo, es –en boca de Josué y de David al despedirse– “el camino de todo el mundo” (°). Cito de una carta de Légaut: “Mi salud parece mejorar. Se me da un respiro antes de mi retiro definitivo, prólogo del tránsito que sólo se pasa en una dirección...” (24, XII, 1983).

Es condición esencial, para vivir noblemente la vida de hombre, pensar la propia muerte, hacer de la muerte un asunto propio y no dejar que sea un mero accidente material que pone término a nuestros días, o algo simplemente exterior, sólo contrario a la vida. Al tiempo que poder hacerlo sin desfallecer, sin ver en ella una destrucción total, negando que sea el final absolu-

(°) Josué, 23,14; 1 Reyes, 2,2.

to, negando su nada –todas ellas expresiones del dogma empírico actual de la muerte inmortal⁽¹⁰⁾–, y hacerlo sin que esta actitud comporte una escapatoria imaginaria, sólo puede hacerse realmente si se piensa la propia vida a un nivel en que surge la afirmación de su unidad y consistencia; un nivel en que acontece descubrir el espíritu fundamental que la anima y se logra seguir el hilo de oro de la misión que la atraviesa.

Entonces, paradójicamente, la conciencia de lo ínfimo y efímero del ser de uno se une sin estorbarse y crece sin oponerse a la capacidad de afirmar la propia necesidad. Tal es el movimiento (actividad, enunciación) que Légaut nombró la “fe en sí mismo”. Uno mismo es el agente, el tema y el objetivo de esta fe que es afirmación desnuda (desprovista de todo sentido o significación desarrollable en el orden meramente conceptual) y exacta ignorancia.

Pese a lo inadecuado de emplear los términos de facilidad o de dificultad en este terreno, ¿quién osará mantener que hay mayor facilidad en esta singular afirmación (afirmación “que se esfuerza hacia perspectivas cada vez más frágiles bajo el ojo de la crítica y hacia horizontes que siempre se alejan, inaccesibles, a medida que uno avanza”) que en su negación? No; no es fácil ser creyente de este modo. Y por contraste frente a él, ¿no hay facilidad, en cambio, en quedarse en la negación? Es más, ¿no coinciden, a la larga, tanto los que están seguros de sus creencias como los que lo están de sus increencias? ¿No coinciden éstos como también coinciden, por el otro lado, los que –de un modo u otro– buscan, piden y llaman?

(10) Debo la idea de esta expresión –no su literalidad pues me falla la memoria– a una frase de Antonio Pascual Piqué, en una conversación en casa.

Únicamente la desposesión creciente de sí, a medida que uno madura en sus relaciones fundamentales y en su movimiento hacia la comunicación más esencial, acompaña a esta especial conciencia afirmativa dentro de la propia condición mortal. Son precisamente estas relaciones y esta comunicación –y nada más– las que llevan a uno a concebir la necesidad espiritual del “don total”, del don sin retorno y de la desposesión total que nos sitúan –hay que afirmarlo– en un orden nuevo y misterioso de actividad; actividad que, sin embargo, ya uno pudo reconocer en sí, como suya pero como no sólo suya sino “de Dios”; dicho esto así, sin más, sin pasar adelante en esta formulación simple y escueta.

6. Sin embargo, la poesía llena un vacío, un hueco. En efecto, el poemilla de más arriba –que estos días, algo modificado, he tomado prestado de José Bergamín ⁽¹¹⁾– cuenta imaginariamente lo que no sabemos: ¿Cómo fueron sus últimos minutos? ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos, ya que no palabras pues estaba solo?

Movido por cierta piedad, uno no puede dejar de lamentar que Marcel haya fallecido solo. Morir sin nadie conocido cerca añade a su trance un punto de crueldad que no se desea ni a un enemigo, por más que que el hombre sea un ser solitario y que, aun rodeado de los suyos, pase este trance más allá de toda com-

⁽¹¹⁾ *Poesía, VII (Hora última)*, Madrid, 1984, pág. 23. Los poemas, como las plegarias, son para usarse (recitarse); pero, en este uso, pueden surgerírseos modificaciones que es legítimo seguir. Légaut tenía la idea de que cada uno tenía que ir encontrando su propias plegarias y expresiones (cfr. su introducción a *Prières d'homme*, París, 1978, 1984). De hecho, Bergamín usa el poema de otro pues, en en el suyo, la expresión “mano de nieve” recuerda la segunda estrofa de la “rima” séptima de Bécquer, cien años antes: ¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, / como el pájaro duerme en las ramas, / esperando la mano de nieve / que sabe arrancarlas!”

pañía pues, como Légaut decía, a partir de un cierto momento, no se puede avanzar en la vida espiritual en fila de a dos.

También movido por cierta piedad, esta vez hacia los que nos quedamos un poco huérfanos, es posible que uno lamente no poder conocer a través de nadie, como ya he dicho, cómo fueron sus últimos momentos y quizá palabras. Esta última ignorancia quizá nos disimula –cosa que no debiera– la evidencia de que todo hablar de la muerte y todo ejemplo ante ella es anterior a ella pues su experiencia está sellada por el silencio de un umbral “que sólo se pasa en una dirección...” Nadie puede transmitirnos sobre ella ni una información satisfactoria ni una enseñanza esencial (basada en experiencia) que nos ahorre la invención del modo de llegar nosotros a la nuestra.

Salvadas las diferencias, esto último lleva a pensar en los relatos de la muerte de Jesús. ¿No se adivina en ellos unos movimientos parecidos? Movidos por la piedad hacia él y hacia quienes lo habían seguido, los sucesivos redactores, si se repara en las diferentes versiones de los Evangelios, ¿no parece que fueron incorporando tanto al relato de su muerte diferentes testigos presenciales como a sus labios diferentes palabras? Lo hicieron movidos quizás por la piedad pero también probablemente por la doctrina, porque los testigos de aquellas horas y las palabras de aquellos momentos –caso de haberlos–, ¿no iban a tener mayor autoridad y mayor prestigio?

Lo malo es que, ya desde el comienzo, al tomar el camino de estas prolongaciones, se pudo comenzar a olvidar lo esencial, esto es, el hecho escueto. Porque –como digo– tanto en el caso de Légaut como en el de Jesús –salvadas las distancias–, sacar excesivo provecho de las circunstancias de su muerte es tender

a sacralizar lo accidental y, en cierto modo, a profanar lo esencial, que es irreductible a cualquier utilidad. Nos queda el hecho escueto: un hombre como nosotros nos precedió con su vida y con su muerte hasta el extremo, y ello es nuestro único consuelo, el objeto de nuestra esperanza, su posible “encuentro”.

“Tras las huellas del Maestro, esos discípulos topan con el fracaso, sólo sobrellevable con entereza por la fe, a pesar de la esencial desesperación que les asalta; fracaso cuya conclusión inapelable es la muerte; el umbral último que se abre ante ellos lo abordan de forma tanto más vertiginosa cuanto mejor han seguido a Jesús y más lejos en su seguimiento han llegado; *desde más allá de ese umbral él les llama, puesto que lo franqueó antes que ellos para estar presente en lo más íntimo cuando, a su vez, tuviesen que franquearlo.*”⁽¹²⁾

7. Sí; también Légaut ha sido para muchos una bendición. Los ojos de la fe no se sintieron defraudados al leer sus textos ni al conocer al hombre que había tras ellos. Sin grandes aspavientos, bajo las apariencias de un libro más y de un hombre normal, esos ojos pudieron descansar, por fin (una vez superadas las primeras dificultades de sus textos), al encontrarse con alguien que les hablaba como nadie lo había hecho en años y que les recordaba a otro como pocos antes lo habían hecho⁽¹³⁾.

Esta bendición de haber conocido a un hombre normal con corazón de “starets”, de “abbas”, de “monachus”, de contem-

⁽¹²⁾ *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, pág. 329.

⁽¹³⁾ En Légaut, en su trato, sin experimentar por otra parte ningún fenómeno especial, ni psicológico ni perceptivo, uno podía pensar que algo semejante a lo que se expresa en 2 Corintios, cap. 3-4, sucedía: se estaba ante un discípulo de Jesús, directamente.

plativo, de médico y consejero, de doctor y maestro, de testigo y de apóstol, a muchos los ha abierto al reconocimiento de una comunión, invisible pero consistente, propia de este ámbito, misterioso y vivo, que con la vida se va precisando, y para el que él, un día, nos dijo haber encontrado un nombre de aire teilhardiano: la “fideisfera”.

Para ellos ha sido como encontrar por fin a alguien al que secretamente buscaban. Buscaban a alguien que, en una forma necesariamente civil y a título personal, por sólo su cuenta y riesgo, fuese para ellos discípulo *de* Jesús, hombre *de* Dios y padre *de* la iglesia de forma tal que la *intensidad en el genitivo*, esto es, que la intensidad en el valor gramatical de determinación y de pertenencia o, en una palabra, de relación, entre los dos referentes relacionados (por un lado, Légaut y, por otro: Jesús, Dios y el cristianismo) crease un clima amplio y necesario de confianza, de libertad y de misterio, como para que los ensayos, fallos, fracasos y hallazgos propios de este tiempo nuestro pudiesen llegar a ser fecundos en una línea entre las muchas que forman la amplia tradición espiritual de Occidente.

En efecto, si de Légaut, a la sombra de su muerte, creo que hay que decir que era “de Dios”, también es cierto decir (con todas las salvedades y matizaciones que quizás les parezcan necesarias a algunos para que no se cuele ni un ápice de vulgar iluminismo o carismatismo) que, para al menos algunos de los que lo han conocido, Dios es “de Légaut”.

¿No ha sido a través de la puerta estrecha de su encuentro y lectura intensa como, en una determinada etapa de su vida, estos seres han podido entrever y comprender por fin, sin menoscabo de su autonomía y responsabilidad adultas –antes al contra-

rio-, el pleno sentido de aquella expresión y experiencia bíblica que permite a uno reunir en su invocación a “su” Dios y “al Dios de sus padres”; y encontrar por fin también –por qué no– el pleno sentido de aquella porción de un estribillo todavía reciente –y probablemente fácil– por el que, a ritmo de gospel, pedían para sí, cuando chicos, sin saber lo que hacían, la “fe”, que no la credulidad o la creencia en unas determinadas creencias –ahora lo ven más claro–, de “sus” mayores? ⁽¹⁴⁾

La “intensidad del genitivo” se conoce por su experiencia contraria pues, sin esta relación, sin este vínculo, la vida se experimentaría como desangelada, como desnortada y sin sentido. Por eso, así como el haz y el envés de un papel muy fino son inseparables, así la fe en sí mismo y la fe en Dios están indisolublemente unidas en la experiencia de Légaut.

“Lo que el hombre debe limitarse a decir de Dios no implica ningún conocimiento al que pueda darse el nombre de saber. Con todo, *nada es más cierto para él ya que nada se le impone más, no por lo que conoce sino por lo que es. Dios es más cierto para él que todo lo que sus sentidos y razón le aseguran. Certeza de género único, despojada de toda evidencia, combatida por todas las apariencias, que alza al hombre por encima de sí, aunque le dé vértigo*, mientras que las restantes certezas sólo están a su servicio y le dejan en la distracción y en el exterior de lo que él es. Tal afirmación de Dios, vacía de significación intelectual, positiva sólo en su acto, es, en cambio, auténticamente vivida porque es inseparable de lo que el creyente es cuando no vive separado de sí. Esas afirmaciones se imponen al hombre con la necesidad de lo esencial. (...) Inseparables no sólo del estado de quien las afirma sino también de lo que él va llegando a ser bajo su influjo, son, en el hombre, un fermento; lo alzan a un nivel en el que, no obstante, no puede mante-

⁽¹⁴⁾ Alusión a un canto litúrgico inspirado en un *negro spiritual* cuyo estribillo es: “Dame la fe de mis padres”.

nerse si no se halla en la posibilidad latente de reinventarlas volviéndolas a decir como si fuera la primera vez, no sólo repetiéndolas sin más.”⁽¹⁵⁾

También están estrechamente unidos el destino de este hombre y el de Jesús, como lo expresa, primero, la consideración de qué sería del primero sin el segundo y, segundo, la afirmación de que ese vínculo es de un orden distinto (previo o posterior) al de la religión ordinaria, en la que sólo importa la persona de Jesús o bien en función del interés antropocéntrico que se suele esconder tras la forma corriente de concebir la salvación o redención, o bien en función del sistema de creencias, que requiere un cierre en torno a un elemento que no es más que una pieza más del conjunto.

“...con mucha frecuencia, Jesús no es querido ni venerado como lo fue por sus primeros discípulos (...). Jesús no es conocido ni comprendido en su originalidad fundamental, tal como debiera serlo tras la experiencia de veinte siglos de cristianismo, y a partir de lo que sabemos hoy de los hombres y del mundo. La relación con el Verbo de Dios, con el Cristo resucitado, consecuencia de la doctrina, puede ser fuertemente sostenida pero, sin embargo, es de un orden completamente distinto al de la relación de amor cultivada con alguien al que se ha conocido en profundidad y al que no se cesa de descubrir, porque se ha recibido –y aún no se cesa de recibir– mucho de él, *de modo que, sin él, uno quedaría huérfano y más aún, porque él es quien da sentido a la vida, quien es su centro, y, sin él –ahora que se le ha encontrado–, uno se desfondaría porque no sabría ya dejar pasar el tiempo en una especie de incoscienza día tras día*, ni tampoco dejarse absorber por las ocupaciones profesionales o políticas, pese al interés o incluso a la urgencia con que éstas se le pudiesen presentar.”⁽¹⁶⁾

⁽¹⁵⁾ *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, págs. 187-188.

⁽¹⁶⁾ *Mutation de l'église et conversion personnelle*, París, 1975, pág. 167 (ver: “Llegar a ser discípulo”, *Cuaderno de la diáspora 2*, Madrid, AML, 1994, pág. 17).

También con el cristianismo histórico (la iglesia) este hombre se afirmaba unido con la “intensidad del genitivo”. Como buen campesino, le resultaba obvio a Légaut que la poda se hace en la copa y no en las raíces, y que tanto más radical y exacto puede ser uno en la crítica cuanto más se sabe hasta qué punto es vital para uno –más allá de cualquier invierno– la vida del árbol. Por eso pienso que (como dije hace un momento) el título antiguo de “padre de la iglesia”, le sienta bien a Légaut. Sólo es padre quien es también hijo y ambos conceptos son del orden del ser, y, por consiguiente, aplicables sólo después al orden doctrinal. Légaut insistió en este nivel no doctrinal de la fe: si las ideas se tienen y en las creencias se está, por la fe se llega a ser. Por eso, uno vive y llega a ser gracias a quienes le han mostrado realmente que la fe (que no la creencia) no niega ni coarta su humanidad sino que la lleva a su cumplimiento. Por eso, el concepto de “padre de la iglesia”, tomado en un sentido amplio pero no exento de rigor y sentido, es adecuado para los testigos vigorosos que afianzan a otros ⁽¹⁷⁾.

“Es cierto que, desde hace mucho tiempo, numerosos signos de decadencia harían prejuizar con fuerza que el cristianismo ha entrado en un ocaso ineluctable que hoy parece acelerarse y hacerse cada vez más irreversible... Aunque, en sentido contrario, la fe que lleva en sí el discípulo de Aquél que, por su vida y por su muerte, está en el origen de la Iglesia, le asegura que ésta, de una forma u otra, saldrá un día de la situación en la que se hunde desde los tiempos modernos y que tiende a marginalizarla, a folklorizarla dentro de una sociedad cada vez más secular. Hay que afirmarlo: el cristianismo volverá a encontrar una

⁽¹⁷⁾ El concepto de “padre de la iglesia” que propongo es distinto del habitualmente se aplica sólo a los grandes pensadores de los primeros siglos del cristianismo como formando, además, una etapa ya cerrada de su historia. Liberado de estos dos límites (el temporal y el doctrinal), el concepto gana en vigor incluso para comprender lo que fueron aquellos grandes hombres del pasado.

vitalidad semejante a la de sus orígenes, y más aún. Pero, ¿a qué precio desmesurado?, ¿a través de qué crisis de apariencia mortal?, ¿al término de qué decrepitud que será para él como el desierto de su éxodo? ¿Qué forma tomará entonces?, ¿qué Institución renovada se dará? Nadie puede preverlo, y *el que, por pasión de amor, se aventurase a pensar - lo sentiría la angustia que debió conocer Jesús en la hora en que su misión se abría a una nueva dimensión, más allá de una muerte que parecía cerrar el porvenir para siempre...*" (18)

8. Puede ser que lo mismo que el hombre ha muerto también la obra tenga que acabar muriendo, bien porque no se lea, bien porque se lea de tal forma que se la reduzca a una estructura ideológica más que entre todos comentaremos y estudiaremos (¿quién duda de que títulos como la fe, Dios o la Iglesia ya no "de" sino "según" M. Légaut o "en la obra de" M. Légaut, pueden encabezar sendas tesis académicas?). De hecho, Légaut ya había constatado, para toda obra creativa, esta ley de acero:

"el fruto, cuanto más extrae su savia de las profundidades del hombre y brota de lo universal, tanto más ha de desprenderse de la rama en que ha madurado para ser utilizado convenientemente por otro y entrevisto por él en su auténtico alcance. De forma que ha de ser agarrado, arrancado al pasar y llevado lejos. Sólo cuando este mensaje se convierte en ideología, según la mentalidad de la época -gracias a presentaciones y a aportaciones que le son extrañas y que en parte a veces lo deforman-, se convierte en alimento." (19)

Sólo nos queda el compromiso y la esperanza de nuevas actividades creativas que reencuentren el nivel creador de las obras que las precedieron. Y quizás otros hombres -porque vivientes,

(18) *Creer en...*, Santander, 1988, pág. 12 y *Mutation...*, París, 1975, pág. 213 (ver: "Llegar a ser discípulo", *Cuaderno de la diáspora* 2, Madrid, AML, 1994, pág. 76-78).

(19) *El hombre en busca...*, pág. 102.

lectores–, cuando vuelvan a emprender por su cuenta y riesgo sus propias búsquedas, en alguna de ellas, darán con estos textos (ni que sea por la vía del estudio) y entonces verán en ellos algo más que letra e idea, y un nuevo diálogo se entable y se trence, porque la voz de alguien aliente y el hecho escueto de encontrar un semejante será lo importante, y el fenómeno único del rescoldo que, saliendo de debajo las cenizas, recupere su incandescencia será lo que se encienda y se vea.

Tales son, Evangelista, las reflexiones que se agolparon desde un comienzo en mi ánimo cuando me llegó la noticia del fallecimiento de Légaut, y que, con un cierto orden, gracias al compromiso que me supuso tu propuesta, he mirado de expresar para ti, para mí y para algún otro al que estas cuestiones le puedan interesar y –iojalá!– apasionar.